

MIGUEL MIHURA
**TRES SOMBREROS
DE COPA
MARIBEL**
Y LA EXTRAÑA FAMILIA

EDICIÓN DE MIGUEL MIHURA
ACTUALIZADA POR JUAN A. RÍOS CARRATALÁ

35 CLÁSICOS CASTALIA
ANIVERSARIO

También es posible que los críticos jóvenes estén en lo cierto y yo me vaya aburguesando y haciéndome viejo. Es lógico. Son los años. Pero no tan viejo y tan burgués como para dejar de luchar como siempre he luchado —desde la prensa, el cinematógrafo y el teatro— contra el eterno tópico, contra la retórica, contra el lugar común, venga de un bando o de otro bando. De esto es de lo que me considero orgulloso.

Creo que este artículo lo escribí en el año 1959.⁶⁴ Ahora, en 1975, con dieciséis años más sobre mis espaldas no sé qué pensar de todo ello. No sé si tenía razón o no. Lo que sí sé es que nunca más intenté escribir otra obra del tipo de *Tres sombreros de copa*. Me habría salido mejor o peor. Pero la hubiera escrito. El procedimiento para mí no me podía resultar difícil. Era lo mío. Si no lo hice sería por algo. ¿Por ese algo que he contado tan extensamente a lo largo de estas cuartillas? ¿Por resentimiento? ¿Por indiferencia? No lo sé. Y el caso es que tampoco me importa gran cosa saberlo.

II. MARIBEL Y LA EXTRAÑA FAMILIA

En el año 1956 proyecté un negocio teatral a base de una pareja de actores argentinos —marido y mujer— que actuaban con gran éxito en Madrid. Para la formación que pensaba hacer necesitaba otra actriz con acento más o menos sudamericano para que no hubiese disonancias con la pareja argentina.

Mi agente buscó en sus archivos y me enseñó la fotografía de una actriz vocacional venezolana que vivía en París

⁶⁴ Contradice así lo afirmado por él mismo en la nota 12.

y que, por la edad y el físico, me pareció bien para el papel que debía encomendarle.

Se le escribió dándole cuenta del proyecto y, sin más, se presentó en Madrid. Tuve una entrevista con ella en el bar del Hotel Palace, donde se hospedaba y hablamos un buen rato de mi proyecto, de los suyos, y de otras cosas en general. Era culta, tenía clase, vestía bien, y parecía estar en una bonísima situación económica. Y tenía —además de un Mercedes, con el que había venido a Madrid— una gran afición al teatro. Lo único malo era que había estudiado arte dramático en Nueva York, París y Londres y que le gustaba *Medea*.

—Bueno —pensé—. Pero estos son pequeños defectos que a la larga siempre tienen arreglo.

Esta actriz intelectual era Maritza Caballero.⁶⁵

El proyecto mío, por diversas causas, no se llevó a cabo y ella se quedó ya en Madrid. Nos vimos un par de veces más y al cabo del tiempo me pidió autorización —que la di— para llevar en su repertorio *Tres sombreros de copa* en una larga gira que pensaba hacer por toda España con una compañía que estaba formando.

Pasado un año me pidió una nueva autorización para presentarse en el Teatro de la Comedia de Madrid con mi obra y surgió el incidente que ya he explicado en el capítulo anterior dedicado a *Tres sombreros de copa*. Como mujer educada, fina y con clase encajó el golpe con docilidad y respeto y el asunto terminó haciéndonos muy buenos amigos.

Nos seguíamos viendo de vez en cuando y en la primavera de 1958 me pidió tímidamente que le escribiese una comedia. Lo de todas. La gracia de siempre. En aquella época me pedían comedias como si fuesen cigarrillos. Me explicó muy ilusionada que estaba haciendo gestiones pa-

⁶⁵ Sobre esta actriz y los preparativos para montar *Maribel...*, véase A. Marsillach, *Tan lejos, tan cerca*, Barcelona, Tusquets, 1998, págs. 209-211.

ra quedarse con un teatro en Madrid y que nada en el mundo le podría causar más entusiasmo que debutar con una obra mía.

No le dije que sí ni que no. Cambié de conversación. Pero una vez ya solo me puse a reflexionar y comprendí que —como hombre de bien— le debía una compensación por haber llevado *Tres sombreros de copa* por provincias jugándose la cara y el dinero. Y por los disgustos y los gastos “extras” que le había ocasionado al pretender presentarse en la Comedia con la misma obra, que no estaba a mi gusto.

Por otra parte llevaba ya seis obras seguidas escritas a la medida de sus intérpretes y estaba ya un poco harto de este sistema de alta costura.

Esto de escribir obras a la medida fatiga un poco y le quita a uno inspiración y libertad de movimientos. Por un lado el trabajo es más fácil porque al tener ya un maniquí y saber sus virtudes y sus defectos no queda más que hacerle la ropa y vestirla. Pero por más que se cambien el color de las telas y se modifiquen las formas del vestido, el maniquí siempre es el mismo y el autor termina por repetirse. Y, además, en estas obras a la medida sólo puede lucirse el actor o la actriz a quienes va destinada y generalmente no admiten que haya otros papeles buenos para que se luzcan los demás.

Después de *A media luz los tres*, que la escribí sin pensar en nadie y la prueba es que lo mismo le iba a Fernán-Gómez que a Conchita Montes, escribí *El caso del señor vestido de violeta* por encargo y a la medida de Fernán-Gómez. Y del mismo modo *¡Sublime decisión!*, *La canasta*, *Carlota* y *Melocotón en almíbar* para Isabel Garcés.⁶⁶

⁶⁶ Isabel Garcés (1901-1981). Popular actriz desde la década de los veinte, primera figura desde poco después al estrenar obras de Jacinto Benavente y vinculada al Teatro Infanta Isabel, propiedad de su esposo, Arturo Serrano, donde protagonizó numerosos éxitos del teatro del período franquista. Entre 1955 y 1961 fue la protagonista, Florita, de *Sublime decisión* y realizó la misma labor en *La canasta* (Laura), *Carlota* (Carlota), *Melocotón en almíbar* (Sor María) y *El chalet de Madame Renard* (Monique Renard).